

## **MUERTE DIGNA Y HOMICIDIO INDIGNANTE**

Juan Antonio Martínez Muñoz\*  
Universidad Complutense

La muerte recientemente provocada a Eluana Englaro, joven italiana en estado de coma desde que, en 1992, sufrió un accidente de tráfico, ha estado presente en los medios de comunicación de todo el mundo. Murió dos días después de que los médicos suspendieran totalmente su alimentación e hidratación, con autorización de los tribunales a petición de su padre y con la oposición del gobierno italiano que elaboró un proyecto de ley que, *in extremis*, iba a tratar de mantenerla con vida y que fue vetado por el presidente de la República italiana. Tras una dura batalla legal que, en cierto modo, reproduce la que se libró en Florida con Terry Schiavo, a solicitud de su marido en este caso, vemos que el resultado ha sido el mismo: se ha impuesto la maquinaria administrativa y judicial del estado para acabar con vidas humanas indefensas.

El caso de Eulana, al igual que el anterior de Terry, se ha situado en el centro de la polémica sobre la eutanasia que, a nivel mundial, se mantiene abierta. Algunos aspectos de esa discusión muestran lo manipulado que está el debate público sobre el tema; vamos a tratar de verlo y a formular algunas reflexiones sobre ello. Es claro que en torno a la eutanasia están enfrentados dos mundos que conllevan dos visiones opuestas e incompatibles del ser humano, se extienden no sólo a un país determinado sino a toda la tierra, aunque se muestran con mayor virulencia en unos países que en otros. Se debe a que se trata de un problema antropológico básico, el de cómo afrontar la muerte humana, que no entiende de nacionalidades ni fronteras. Esos dos mundos son los mismos que se enfrentan a propósito del aborto: uno que lo supone un derecho (incluso cuando en el código penal este tipificado como delito) y otro que lo considera una forma de homicidio (aunque esté permitido por la ley). Uno de esos mundos puede ser conceptualizado como el de la cultura tradicional europea, el otro es el de la ideología iluminista y socialista. En cierto modo las posiciones que ambos bloques presentan, en lo que se refiere a la eutanasia, son completamente simétricas con las posiciones de los mismos que se refieren al aborto. Ello es debido a que ambos problemas se plantean en el marco del mismo desacuerdo antropológico de fondo, con unos puntos de vista tan extremadamente distantes que imposibilitan un diálogo sereno para conseguir un acuerdo y, sobre todo, alcanzar compromisos razonables que permitan convivir, por eso mismo no se encuentra fácil solución a los conflictos humanos que se plantean. En cierto modo, en la discusión de estas cuestiones está latente una cierta lucha por controlar el espacio público en la que la ideología iluminista tiene ventaja porque el espacio público se ha definido históricamente, en los últimos siglos, a su medida y cuenta con mecanismos extorsionadores asimétricos que impiden un juego limpio por una presencia igualitaria.

### **1. La vida y su fin**

A lo largo de la historia, el principal episodio personal de cada vida humana, la muerte, se ha tratado de diferentes maneras. Millones de personas han muerto en condiciones miserables pero con cierta dignidad; también ha existido un número difícilmente cuantificable de homicidios en diversas formas. La idea predominante en Occidente, forjada en una

---

\* Artículo publicado en la revista "LEA. La Escuela Agustiniiana" (Madrid), núm. 92 (enero-marzo de 2009), p. 23-29 (ISSN: 1577-7197).

tradicción donde la vida tenía valor sagrado era la de hacer un esfuerzo hasta el final por mantener la propia vida y la de los demás e, incluso, cuando la muerte de una persona se vea como ineludible, mantener la atención más digna posible para su consuelo. Ese modo de entender el respeto a la vida ha impulsado el desarrollo de la medicina porque no se basaba en un simple instinto animal de supervivencia sino que se inspiraba en una exigencia moral. Frente a un mundo antiguo en el que no existía compasión con los enfermos y desgraciados, con la implantación de la noción cristiana de caridad, los menesterosos –todos lo somos de algún modo- adquirieron reconocimiento de su dignidad en la enfermedad y en la desgracia; fueron acogidos como personas, atendidos y cuidados de la mejor forma posible, impulsando esa atención el avance de la ciencia médica.

Pero el desarrollo de la ciencia ha hecho posible, curiosamente, que los casos-límite de la vida humana se planteen de otra manera, un tanto paradójica y arrogante; lo mismo puede decirse del desarrollo económico de las sociedades modernas. Es paradójica porque con más medios técnicos y con más recursos económicos se presta menos cuidado a las personas en determinados casos. Es arrogante porque la sobreabundancia de medios y posibilidades se traduce en un desprecio más acentuado a la vida de determinadas personas por parte de los que deberían cuidarlos. Se debe, en gran parte, a que al relativizar la vida, ya antes de evaluar las posibilidades médicas y económicas, se claudica de cualquier exigencia esforzada de atención a esas personas motivada por la pérdida del valor y dignidad que la vida humana había adquirido al hacerla merecedora del cuidado extremo. El desarrollo económico y tecnológico no necesariamente debería haber conducido a esa situación de modo que el cambio de sentido que arranca inicialmente de la duda del valor incondicional de la vida y conduce de forma inmediata a desistir anticipadamente de los esfuerzos por mantenerla es un cambio que va unido a una percepción diferente del sentido del sufrimiento humano, que repercute en las relaciones afectivas e interpersonales y, también, en la organización social y política.

Aunque la respuesta acerca del cuidado de la vida y la muerte humana se diferencian netamente en los dos mundos que he mencionado, éstos no son simplemente dos formas de expresión diferentes, como serían dos estilos artísticos, que pudieran coexistir sin fricciones, la muerte de un ser humano provocada ilegítimamente concierne e interpela a cualquier otro; nada humano puede ser extraño a los demás, menos aún si es matar a otros impunemente. No se trata sólo de dos respuestas diferentes de carácter escatológico, aunque la respuesta a esa cuestión está detrás de las actitudes fundamentales de la vida, sino que se refiere igualmente a aspectos prácticos. Ambos mundos tienen una actitud diferente a la hora de afrontar el sentido del dolor y el sufrimiento humano, sobre todo si es ajeno, actitud que tiene dos variantes fundamentales: la misericordia y la crítica; la misericordia lleva al cuidado abnegado, la crítica es inmisericorde, prácticamente hace suponer que uno es culpable de vivir en condiciones que el no aquejado por ningún sufrimiento considera intolerables; de hecho podemos decir que frente a la misericordia se sitúa la tolerancia, que tiene la misma indefinición conceptual que la crítica y que amplía la indiferencia ante la persona sufriente y posibilita un mayor desprecio.

Ciertamente en la larga tradición de respeto al valor sagrado de la vida ha habido muchas deficiencias, algunas inconsistencias, fallos y vulneraciones evidentes; pero el referente de lo que significa la vida humana era y es nítido. Al igual que respecto al aborto, con la eutanasia esa tradición puede ser acusada de hipocresía, puesto que presenta una elevada consideración del ser humano que se traduce en exigencias morales que no siempre se alcanzan a cumplir, ni siquiera por quienes las perciben de manera más clarividente. Pero en

ella el desarrollo tecnológico y económico se pone y mantiene al servicio de la vida digna. Desde esta perspectiva no asumir el coste de alimentar y dar de beber a una persona, que es enormemente menor que el del mantener al presidente de la república italiana o de cualquier cacique español de segunda fila, no parece que pueda justificar su sacrificio, ni siquiera cuando el paciente haya expresado su voluntad de que se le permita morir si se producía uno de estos casos (como tampoco lo haría con la declaración similar de un niño). Como el ser humano tiene una gran capacidad de soportar el sufrimiento, lo dice el refrán “qué Dios no nos dé tanto mal como podemos aguantar”, esta tradición ciertamente invita al heroísmo ante la adversidad, al comprender el sufrimiento e incluso, cuando nada se puede hacer para eliminarlo, a verlo como una oportunidad para mejorarse uno mismo a través de él. Por ello ha sido acusada, con una comprensión deficiente y malévola, de fomentarlo para hacer olvidar la importancia que se da al cuidado.

## 2. El verdadero problema

La dificultad para comprender el núcleo del problema de la eutanasia, y del aborto, radica en que la poderosa maquinaria de las organizaciones que promueven la muerte artificial tiene una capacidad de producir una manipulación del lenguaje evidente y similar a la de beneficiarse de la “función pública”. La misma palabra eutanasia, que etimológicamente significa buena muerte, se puede entender en sentidos contradictorios y se tergiversa para referirse a la muerte anticipada. Igualmente dicen con frecuencia que una persona está en estado vegetativo abriendo así el camino para su exterminio con menor preocupación moral que si fuera una especie en peligro de extinción. Llamar vegetal a un ser humano es un desprecio evidente a la persona, al equipararla a una planta. La lucha se centra en que cualquier concepción positiva de la palabra eutanasia o de otras conexas se relacione con los intereses de los que quieren facilitar o anticipar la muerte de determinadas personas. Esa maquinaria exterminadora no puede permitir que un caso extremo, como el de Eulana, deje de salir en todos los medios de comunicación con aspecto amenazante porque así moldean un estado de la opinión pública favorable a sus letales intereses. El efecto expansivo no les preocupa puesto que tratan de ampliarlo al máximo. La presentación constante de casos extremos lleva a muchas personas a preferir no ver sufrir aunque para ello alguien tenga que matar; lo importante es no ver lo uno ni lo otro. Compensan con acusaciones de guerras o de muertes mayores por hambre pese a que Dostoyevski, en *Crimen y castigo*, pone de relieve que ningún asesinato compensa a otro. Consecuencia de la enorme capacidad manipuladora es que la posición de la opinión pública o social que crean los gobiernos con algunos casos como el de Eulana, está ampliamente a favor de la eutanasia, sin entrar en distinciones conceptuales, incluso más a favor de lo que pueden asumir esos mismos gobiernos que, en ocasiones, son de origen terrorista. Se basa en la discusión superficial sobre casos excepcionales en los que nadie querría verse situado como cuidador y ni siquiera como cuidado. Parece que en Italia 50% está a favor de la eutanasia mientras que en España alcanza al 70%, debido a la mayor vulnerabilidad a la manipulación informativa que provoca el menor nivel cultural. En ese escenario los casos extremos son muy importantes para la causa de la eutanasia porque infunden un miedo al sufrimiento mayor que el sufrimiento real. En efecto del miedo imaginario supera al real tanto si se refiere a la posibilidad de que uno mismo sufra como si tiene que cuidar a otra persona que sufre; depende en gran medida de un modelo social narcotizado donde cualquier esfuerzo o dificultad se sobrelleva y afrontan con droga o anestesia porque no hay una ejercitación práctica en la adversidad. Ese modelo social es muy conveniente al socialismo; abdica de responsabilidades y pone toda su confianza en el gobierno que no va a resolver problemas pero sí necesita tapparlos. No obstante la causa de esa minoría debe ser importante cuando un gobierno que tan fácilmente consigue adoctrinar en

esas proporciones, podría hacerlo igual en sentido contrario, no se atreve a dar los pasos hacia la ciénaga holandesa que tiene como referente.

Todo muestra que la promoción de la eutanasia está en manos de sectores muy influyentes en el proceso de cambio social asociado al desarrollo tecnológico y científico relacionado con la salud y con la vida, proceso que tratan aprovechar en su beneficio a costa de muchas vidas humanas inocentes. Pero se plantea la pregunta de qué es lo que sacan esos intereses letales tan poderosos de la promoción tan intensa de la eutanasia, de por qué necesitan tanto de ella como del aborto. Parece difícil de entender dada la nebulosa en la que se desenvuelven, pero esta promoción de la eutanasia que va unida a una determinada idea de sanidad pública, de la misma manera que el Terror y el terrorismo siempre son indisolubles de algún Comité de Salud Pública, apunta a que esos intereses que hacen evolucionar a la ideología buscan el monopolio del espacio público, que ahora incluye la vida de las personas. Relativizan todo para que nada sea obstáculo para sus objetivos y ni la verdad ni la vida puedan serlo.

La extensión de la eutanasia y el aborto se presenta como un proceso igualitario (el aborto lo promueve el ministerio de igualdad), exactamente igual que cuando se implantó la guillotina, y como algo tan obvio, a pesar de involucrar a los médicos en ello, y necesario que parece que cualquiera puede ponerse manos a la obra. Lo vimos en el caso de Leganés, hospital conocido popularmente por los usuarios como “Si lo sé no vengo” y, después del “episodio”, por el significativo alias de “Sendero Luminoso”, donde un grupo de empleados defensores de la sanidad pública, a la que tratan como de su propiedad privada, igualmente conocidos como los montaraces, llevaron a cabo prácticas de sedación para eliminar el sufrimiento de pacientes terminales, en ellas la vida de unas 400 personas fue metida “mar adentro”, y nunca salieron. Se puede ver al respecto con cierto detalle el libro *Morfina roja* de Cristina Losada (Libros Libres, Madrid, 2008). La reacción de los involucrados en las sedaciones irregulares del hospital de Leganés, es significativa para comprender sus propósitos. Alessandro Manzoni, en *Los novios*, una de las obras cumbres de la literatura italiana y mundial, ha captado extraordinariamente bien ciertos aspectos de la psicología criminal cuando, en el capítulo VII, página 91, dice lo siguiente «Las palabras del impío que es fuerte, penetran y se disipan. Puede ofenderse de que tú sospeches de él, y al mismo tiempo darte a conocer que tus sospechas son fundadas, puede insultar y suponerse insultado, vilipendiar y pedir una satisfacción...». Los autores de las “sedaciones” (que eran sólo un medio para la eutanasia) consiguieron desviar la atención de una acción aparentemente criminal con una defensa aparentemente numantina de la sanidad pública a la que nadie atacaba pese a que, tal y como ellos la conciben, es sólo una especie de pesebre que se podría suplir con un matadero; se indignaban de la acusación de mala praxis por la utilización de métodos directamente dirigidos a extinguir la vida de los pacientes, algo que defendían abiertamente e impulsaba el gobierno que los protegía con la apabullante maquinaria de medios de comunicación a los que muchos familiares de los interesados no tuvieron valor para enfrentarse. Todo ello se tradujo en un conjunto de trabas que se interpusieron a la investigación de las sedaciones irregulares que terminó con la impunidad de los autores. Son tan poderosos que pueden hacerse pasar por víctimas cuando matan a alguien deliberadamente, aunque aseguran que sin hacerle sufrir.

Pese a lo anterior, no se entiende tan bien la insistencia en la legitimación del suicidio y el homicidio asistidos que se presenta como una consecuencia del progreso, tanto económico como tecnológico, por el conglomerado iluminista y socialista de intereses relativos. Es fácil entender que tras la promoción de la eutanasia haya importantes intereses

económicos y políticos, son tan obvios como los de la mafia que asesina con metralletas, pero es tan fácil entender que la impulse una cierta seducción por la muerte. Para comprenderlo mejor en la práctica es interesantísima la lectura del reciente libro *Seducidos por la Muerte* de Herbert Hendin (Editorial Planeta, Barcelona, 2009), obra escrita a través del estudio de la escalofriante práctica holandesa en la que se "ilustra cómo una cultura transforma el suicidio en suicidio asistido y usa la eutanasia de una forma casi rutinaria para tratar con enfermedades graves o terminales, o incluso con la simple tristeza" (p. 186), obra en la que se basó el Tribunal Supremo de los Estados Unidos para negar que exista derecho constitucional al suicidio asistido. También lo señala Igor Chafarevithc en su libro *El fenómeno socialista*, (Emesa Madrid, 1978) donde señala cómo el socialismo promueve la «muerte de la humanidad [que] se opone a la concepción del "fin del mundo" tal y como lo presentan algunas religiones, entre ellas el cristianismo... La ideología socialista, sin embargo, pone por delante la idea de aniquilamiento de la humanidad, un aniquilamiento cuya causa es *exterior*, lo que priva así a la historia de todo sentido. Marcuse, cuyas obras han ejercido una influencia profunda sobre los movimientos de izquierda de estos últimos años, asocia de una forma completamente nueva la ideología socialista a las ideas de muerte y aniquilación, siguiendo en ello a Freud» (p. 327). Algo que se asemeja al budista nirvana o evasión del dolor que, aunque puede ser orientado al perfeccionamiento del ser, también puede serlo como anestesia para aniquilar la personalidad, y poco hay más refractario al socialismo que la personalidad. No se trata sólo de disuadir del esfuerzo por cuidar y así ahorrar, sino que, como señala Viktor E. Frankl, en su conocido libro *El hombre en busca de sentido* (Herder, Barcelona, 1995), al reconocer que «Hay mucha sabiduría en Nietzsche cuando dice: "Quien tiene un *porqué* para vivir puede soportar casi cualquier *como*"... los campos de concentración nazis fueron testigos... de que los más aptos para la supervivencia era aquéllos que sabían que les esperaba una tarea por realizar» (p. 104) y la eutanasia pretende no dejar ninguna tarea humana para después.

Con la perspectiva de la eutanasia planteada en esos términos la vida humana se sitúa en un horizonte de tiranía donde el poder político no sólo decide quién merece vivir y quién no sino que, con ella, adquiere una enorme capacidad de chantaje sobre amplios sectores de la población. Pensemos que, en un país como España, se han realizado más de un millón de abortos tras la "despenalización". Supongamos que algunas mujeres son reincidentes, pero lo cierto es que los datos personales del millón aproximado de mujeres han pasado por abortorios pueden utilizarse, en el momento oportuno, como mecanismo de extorsión frente a ellas, facilitándolos a cualquiera de los medios de comunicación carroñeros del gobierno (aproximadamente el 80% de los medios de España), y no serán entonces comprensivos con ellas, añadirán un sufrimiento adicional a la pesadumbre de la conciencia; así las condenan al silencio y a la imposibilidad de un arrepentimiento público que será tachado de hipocresía y puede ser peor que la misma cárcel. Con la eutanasia ocurre algo similar sobre los familiares, siempre se les puede decir que han sido cómplices al solicitar la eutanasia y al igual que a los familiares se involucra a los médicos y sanitarios, pocos podrán clamar entonces por la vida contra lo que interese al gobierno, títere de intereses mezquinos y ruines. Nada es más beneficioso para el criminal que involucrar a otros en el crimen, aunque no en el botín. La eutanasia es, en definitiva, un ejemplo más –junto al aborto y al terrorismo- del radicalismo con que se plantean los objetivos sociales y políticos de la izquierda relativista, del socialismo de siempre que sólo cambia de máscara. Quizá con ella no vuelvan a verse los cadáveres tratados como basura y tirados a las cunetas de los caminos, como en el mundo antiguo, lo evitará la facilidad que proporciona la tecnología actual para liberarse de ellos, pero las vidas humanas sufrirán una humillación a la que sólo puede seguir la desoladora desesperación de un mundo sin sentido humano.

### 3. Hacia una solución

Mas aunque el proceso de difusión de la práctica parece imparable, de hecho Meter Admiraal, uno de sus cabecillas en Holanda, sostiene que "en aproximadamente veinticinco años, Europa puede recurrir a la eutanasia para abordar los problemas de demografía y envejecimiento", -aunque que él se alegra de no estar entonces para verlo-, nos consuela que la falta de libertad que se deriva del monopolio omniabarcante de lo público sobre la vida tiene los pies de barro, no sólo se traduce en una estafa monumental de carácter económico que no puede prolongarse indefinidamente sino que tampoco puede impedir ver que las cosas pueden ser de otra manera, de un modo distinto a como interesa a esas organizaciones tan influyentes y sin alma.

Mi opinión como en otras materias espinosas tiene que ver con la posibilidad de conseguir alguna manera de resolver las exigencias incompatibles de la dualidad de mundos enfrentados que coinciden, respeto a la eutanasia, el aborto o la experimentación de embriones; el que lo promueve y el que lo evita y prohíbe. Estimo que es tal la distancia entre ellos, derivada de la ausencia de unos presupuestos antropológicos compatibles, que no es posible un diálogo auténtico sobre la protección a la vida humana, sólo un mero parloteo del que sacan más provecho los que nada tienen que perder ni proteger. Por otra parte el entramado iluminista socialista relativista no tiene un grado de institucionalización equivalente al de la Tradición que pueda asumir los compromisos que se pudieran derivar de ese diálogo. Consecuentemente, estimo que hay que construir alternativas de forma comunitaria. No se puede dudar el monstruoso déficit económico que está generando el socialismo actual para las generaciones futuras, para mantenerse temporalmente en el poder, confiando en el modelo que durante siglos han seguido millones de personas que se han esforzado desinteresadamente, con sacrificios y con privaciones personales para dejar una herencia a sus hijos, porque los monopolistas de lo público están especializados en la incautación de lo ajeno por diversas vías. Lo mismo ocurre con el cuidado de la vida, del *nasciturus* o del paciente terminal. Los esfuerzos por cuidar heroicamente a los enfermos, tan frecuentes como silenciosos, de tantos profesionales sanitarios honrados con el pasaje del lazareto en el libro citado de Manzini o en la vida de Teresa de Calcuta, no son superfluos; incluso cuando parezcan inútiles pueden servir de ejemplo de lo importante que es la vida humana; impiden testimonialmente que el heroísmo desaparezca de la vida humana corriente y no sea sólo literatura, que la cobardía se oculte en la normalidad y la despreocupación. En ellos está parte de nuestra esperanza. Aunque quizá, para afrontar políticamente el reto de los negros intereses que he mencionado, la respuesta más adecuada sea establecer ámbitos políticos y sociales comunitarios donde el sentido del cuidado a la vida humana sea reconocido, en comunidades amplias al margen del sistema "sanitario" público.